

rio: "Coliñón lo saludó correctamente, apatronado, con la mirada del gringo rubio al mestizo ..." (p. 109).

La observación de lo nacional es tenazmente perseguida en esta novela. Como en un friso, el autor presenta de un modo muy acertado la descripción del nivel popular del país cuando se reúnen en el ring todas las delegaciones que competirán en el campeonato nacional: "Allí estaban todas las gradaciones del moreno nacional, desde el aceitunado húmedo de Chiloé y Valdivia al moreno seco, más rebelde al sudor, de la pampa salitrera. Tampoco faltaban los sanguíneos y agresivos del valle central, huasos de grandes canillas y mirar huidizo. Santiago proporciona un tipo de boxeador perfilado, de mirada fría y delincuente" (p. 30).

Funcionalidad del estilo.

Todo este mundo está presentado en un lenguaje directo, económico y fluido. No sobra una sílaba ni la pluma se detiene en adornos superficiales o en recargamientos innecesarios. La novela se capta como si se estuviera asistiendo a lo narrado sin que elementos verbales opacos se interpongan entre el lector y el mundo presentado.

Aunque es un detalle, conviene hacer presente que el autor eliminó casi completamente los anglicismos. Sólo quedaron en el léxico que aquí se emplea un mínimo de palabras extranjeras. El autor fue capaz de barrer con todos los términos extraños a la comprensión semántica del lector medio que tanta gente usa sin comprender ella tampoco lo que está diciendo. La lengua castellana es también, pues, capaz de plegarse al dinamismo del combate pugilístico sin que necesite aderezarse en tienda ajena.

El narrador ha tenido también la malicia de eliminar todo lo brutal y chocante de los combates singulares que describe. Hace resaltar en ellos más bien lo que hay de inteligencia y rapidez intuitiva que lo que hay de violento o zoológico. Presentado así el box se hace atractivo y obsesionante y es mérito alto del autor haber transformado en algo fascinante esta actividad que tanto desconcierta.

GUILLERMO ARAYA

<https://doi.org/10.29393/At417-55EFEA10055>

La enseñanza de la filosofía en la Universidad Hispanoamericana, de José ECHEVERRÍA. Unión Panamericana, Washington, D. C. 1965.

Nos ha llegado a las manos, aunque con atraso, este interesante libro preparado a petición de la División de Filosofía y Letras del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana. Su autor es el profesor chileno José Echeverría Yáñez, bastante conocido por sus excelentes ensayos filosóficos, quien trabajó algunos años en la Universidad de Puerto Rico habiendo retornado, según sabemos, para robustecer el Centro de Estudios

Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

La obra en cuestión está dividida en cuatro capítulos: i. De la Filosofía. ii. De la Filosofía en la Historia de las Universidades Hispanoamericanas. iii. De la Filosofía en la Universidad Hispanoamericana de hoy. iv. Conclusiones, Recomendaciones y Sugerencias.

En la primera parte el autor trata de precisar un concepto de la filosofía que le sirva como de punto de partida en la elaboración de su trabajo y en la evidente necesidad de fijar: "la misión que tal enseñanza (la de la filosofía) ha de cumplir, la función que debe desempeñar, que de ella cabe esperar en una determinada comunidad" (p. 1).

Después de algunos desarrollos establece su concepción de la filosofía como la de una "aspiración de lograr un saber absoluto que, sin embargo, permita orientar nuestra vida, que desemboque en decisiones personales" (p. 8), concepto que nos parece adecuado a lo que debe ser, y al que debe tender, en lo posible, el estudio de la filosofía en nuestros centros académicos superiores; me refiero al predominio de la orientación metafísica-ética que indudablemente parece estar más de acuerdo con nuestro modo de ser cultural y sobre todo con la índole de nuestra problemática, más cerca de lo humano que de lo científico-técnico.

En el capítulo segundo, examina el profesor Echeverría la historia de los estudios de filosofía en las universidades nuestras, moviéndose en una interesante problemática cultural y filosófica. Del examen se desprende que las vicisitudes por las cuales ha pasado la filosofía en las universidades hispanoamericanas están estrechamente ligadas a los ritmos de nuestra historia y cómo frecuentemente las universidades se constituyeron en centros de incubación e irradiación de muchas ideas e ideologías que obraron a la manera de motores de nuestros cambios históricos. Desde la Colonia, que por su índole propia no habría sido propicia al cultivo del pensamiento filosófico auténtico, aun cuando habría habido un intento de asimilación de los pensadores llamados "modernos", hasta finales del mismo siglo 18 en que puede observarse una alteración en las ideas religiosas, sociales y políticas bajo la influencia por una parte de la Ilustración, en especial de los enciclopedistas franceses, y por otra de la más concreta de la revolución francesa y de la independencia de los EE. UU., todo lo cual habría constituido la base ideológica de la revolución hispanoamericana, aunque la guerra de la independencia que, en cierto sentido, expresaría la "revolución liberal" no liberó totalmente y se continuará la dependencia cultural, prolongando la Colonia, respecto de Europa, desplazándose solamente el centro de convergencia desde España a Inglaterra y Francia.

Y el positivismo, de tan hondas repercusiones en el período de constitución de las nuevas nacionalidades, que prendió en el subsuelo de la tradición liberal en tanto se constituye como eficaz instrumento de anticlericalismo y de laicización de la educación. Para el autor, el positivismo, en los tres niveles que distingue, habría dado lugar a dos actitudes básicas: 1. La apo-

logía de la ciencia, y 2. La aversión a la metafísica considerada como una "teología secularizada", dándose lugar, señala con agudeza, a una situación curiosa y paradójal: el hecho de que el auge de tal corriente filosófica no haya generado "una mayor cantidad de vocaciones científicas ni un mayor aporte en este dominio". Lo que lleva a concluir que era más fácil hacer la apología de lo científico que dedicarse seriamente a su cultivo.

Semejante actitud positivista habría sido el origen de la impronta marcadamente práctica y utilitarista que es posible observar desde entonces en las universidades hispanoamericanas, en la intención de convertirla en una institución de capacitación profesional, las llamadas "fábricas de profesionales", lo cual obviamente habría afectado a la naturaleza y función de los estudios de filosofía.

No obstante el sesgo positivista de tal actitud, que se inserta por lo demás en el ámbito ideológico del progresismo de la época, se abre un abismo entre el pasado, caracterizado por la presencia indígena, española y colonial y un futuro que se percibe próximo, abismo que acentúa la tendencia a la enajenación cultural, que a nuestro modo de ver sería el signo característico no tan sólo de esas épocas pretéritas sino también de nuestro actual presente y que revela una capacidad de deslumbramiento cultural ante lo ajeno tal vez sin paralelo en la historia y cuyas raíces más profundas podrían encontrarse en ese modo de ser propio del hombre español y que ha sido tan bien caracterizado por Américo Castro como un "vivir desviviéndose", un modo de ser que, por otra parte, ha encontrado abundante expresión en las literaturas hispánicas.

A esta poderosa corriente positivista vienen a añadirse otras como el hegelianismo, el kantismo a fines del siglo 19 y las de Bergson, Dilthey, Husserl y Heidegger en el presente.

En nuestros días, y en casos muy calificados solamente, se habría dado una genuina especulación filosófica entre nosotros y especialmente cuando se ha tratado de pensar radicalmente desde sí mismo, asimilando creadoramente, a la vez, la tradición filosófica europea.

Termina el autor señalando algunas tendencias peligrosas para el pensar filosófico hispanoamericano: Cierta servilismo ante lo nuevo y novedoso que nos viene desde fuera, unido a un eclecticismo sospechoso de incapacidad creadora y de opción.

Y la actitud contraria, la no menos peligrosa delectación en lo propio, a menudo sin la suficiente decantación de su relevancia histórica y por último la voluntad de ser originales, ingenuidad romántica que suele afectar a nuestros pensadores, sin advertir a veces que lo original supone conciencia de los orígenes.

El capítulo tercero está destinado a revisar el estado de los estudios de filosofía en las universidades hispanoamericanas de nuestros días. Aunque el panorama no es completo y la información a las veces no es directa: el autor se guía por folletos explicativos, información epistolar, hay algunas consideraciones que merecen atención. Por ejemplo, se examina un conjunto de procedimientos mentales que distorsionan la imagen de nuestras univer-

sidades, como el caso de "el amalgamar defectos de universidades varias", derivado en ocasiones de las propias críticas que los profesores hacen de sus respectivas universidades, lo que a la postre vendría a ser un signo positivo de autoanálisis y valoración. Por otra parte, agrega Echeverría, se prescinde a menudo del específico contexto histórico y cultural en que "cada universidad hispanoamericana se ha constituido, se desarrolla y vive". Y además las inevitables comparaciones con instituciones de países de áreas culturales distintas y en que las nuestras, desde luego, aparecen disminuidas y opacadas.

En seguida se analiza una serie de prejuicios que sobre la orientación de nuestra educación suelen circular, aun en los medios académicos. Así se acostumbra a poner de relieve el carácter teórico y desinteresado de nuestros estudios en desmedro de lo técnico práctico. A este prejuicio corresponderían expresiones que califican nuestra enseñanza de "clasicista", "libresca" y "verbalista", en consecuencia que la pretendida cultura clásica fue erradicada de nuestros establecimientos educacionales en el momento de la supresión del latín y en cuanto al griego clásico no sólo no se ha enseñado nunca en los liceos sino que hasta las universidades más tradicionales carecen de cursos al respecto.

De este prejuicio antiteórico y de la correspondiente orientación hacia lo práctico, que encuentra su adecuada expresión en la tendencia profesionalista de la universalidad hispanoamericana de hoy, deriva el autor una consecuencia paradójica al decir: "Y así no es de extrañar que pese a nuestra sobrevaloración de "lo práctico", sea precisamente en el campo de la práctica —de la política, de la economía, de las grandes realizaciones técnicas— donde hayamos exhibido una mayor deficiencia" (p. 58). Y ocurre precisamente por la ausencia de una buena teoría que apoye y respalde el accionar práctico en cualesquiera de los dominios en que la actividad humana se ejercite.

Adelantándose en este capítulo respecto del próximo, se pronuncia el profesor Echeverría en favor de la concepción orteguiana de la universidad, según la exposición que sobre el tema hace el español en su conocido ensayo: "Misión de la Universidad", en el sentido de organizarla en torno a una Facultad Central de Cultura, proyecto que hizo realidad entre nosotros hace algunos años la Universidad Austral de Valdivia y que parece ser la vía sobre la que camina decididamente nuestra Universidad de Concepción en estos momentos y con el fin de centralizar los estudios, jerarquizando las disciplinas.

De la revista que pasa a las diversas universidades de los varios países hispanoamericanos se desprende una conclusión, que nos interesa personalmente destacar: en la mayoría de ellas existe una cátedra de Pensamiento Americano o de Historia de las Ideas en América, menos en las universidades chilenas que carecen de dicho órgano, cátedra que podría llegar a constituirse en la gran oportunidad de pensar con sentido filosófico nuestra realidad, o lo que es lo mismo, de ejercitar nuestra capacidad filosófica en la rica problemática que nos afecta como hombres, convirtiéndose así en una especie de paliativo, a nivel universitario, de esa constante enajenación cultural a que hacíamos recientemente mención.

El último capítulo comienza con un examen de una serie de defectos que en general presentarían nuestros institutos universitarios, no obstante se advierte el sesgo francamente positivo que ha tomado en los últimos años la enseñanza de la filosofía y en relación a ello se destacan los siguientes inconvenientes: 1. En las universidades latinoamericanas no ocupa la filosofía el lugar importante que le corresponde en virtud, señala el autor, de los prejuicios positivistas heredados de la pasada centuria. 2. El hecho de que la filosofía no siempre sea bien estudiada se remite a un defecto de los programas que tenderían a ofrecer visiones panorámicas, descuidando la profundización de cada filósofo en particular y por otro lado no habría la suficiente dedicación a cursos de investigación, a seminarios de lectura y comentario de textos de los clásicos de la filosofía. Personalmente creemos que los programas no juegan un papel tan importante en las universidades, al menos en las nuestras, y que las tales visiones panorámicas, en un sentido horizontal, parecieran ser más bien defectos de la orientación general de la enseñanza en algunas universidades, así como del tipo de formación de algunos profesores encargados de transmitirla y es lo que ocurre a menudo en las universidades hispanoamericanas, donde coexisten profesores de las más diversas procedencias y formaciones, que suelen implantar sus personales estilos académicos, sobre todo si están aureados del prestigio que confiere el ser extranjeros, especialmente europeos, influencia a la que es tan permeable la ingenua sensibilidad nuestra, y que por lo mismo desvirtúa toda posible acción positiva al respecto.

Nota, por último, el autor la ausencia de verdadero diálogo entre los profesores de nuestras universidades. "Las universidades hispanoamericanas —dice— llegan a constituir verdaderos compartimentos estancos, impermeables a toda influencia que no sea la de los pensadores europeos o norteamericanos de mayor renombre" (pág. 103). Incomunicación grave que, para nosotros, es más que nada reveladora de una ausencia de madurez cultural y por lo tanto de una ingenuidad que vive deslumbrada ante lo ajeno, singular condición humana que ha sido entrevista por más de alguno de los cultivadores de la gran novela iberoamericana.

Finalmente nos referiremos al concepto de universidad que sustenta el profesor Echeverría, en su intención de superar el divorcio existente en nuestras universidades entre las llamadas humanidades y las ciencias, por una parte, y la formación profesional y la humanístico-científica por otra, que consistiría en organizar los estudios en torno a una Facultad Central de Artes y Ciencias, lo que incluso llevaría a un cambio en la constitución física de la mayoría de las universidades nuestras, cuyas escuelas y facultades aparecen desperdigadas no sólo en una misma ciudad sino, a veces, a lo largo y lo ancho de un país.

Así las cosas, los estudios en aquella Facultad Central comenzarían con un ciclo de estudios generales o propedéutica universitaria, que sería general no sólo en cuanto a las disciplinas allí enseñadas sino también a los estudiantes, quienes en su totalidad deberán pasar por ella.

Esta Facultad Central giraría alrededor de dos polos: uno de ellos sería el curso de introducción a la filosofía que tendría una función más bien formativa que informativa, quedando excluidas de acuerdo a este criterio "las introducciones de carácter histórico, sistemático o enciclopédico", es decir, todas aquellas que "consisten en dar visiones panorámicas acerca de la filosofía, según el orden de su desarrollo cronológico, como aquellas que nos la muestran a través de definiciones y en sus divisiones mayores" (pág. 127). A continuación expone el profesor Echeverría su experiencia personal en este tipo de cursos, tan importantes en verdad, exposición que traduce la preferencia por una enseñanza "dramática de la filosofía", según la expresión de O. Brachfeld, lo que se conseguiría a través del diálogo constante y polémico con una obra clásica como el Fedón, las Meditaciones Metafísicas u otra de las grandes obras de la filosofía occidental. En otros términos, se trataría no de "enseñar filosofía en forma de soluciones sino de provocar preguntas".

El otro polo de la mencionada Facultad Central estaría constituido por el curso de historia de la cultura que vendría a ser otra posibilidad de integración y de comprensión de la génesis de las diversas disciplinas científicas, según se expresa textualmente.

Concluye esta obra con una serie de recomendaciones para la mejor organización de los estudios de filosofía en las universidades hispanoamericanas, todo lo cual pone de manifiesto la rica y profunda experiencia del autor al respecto, experiencia que no debe ser desaprovechada, de ahí que recomendemos la lectura de este trabajo no sólo al especialista a fin de que adquiera una mayor conciencia de su tarea sino también y sobre todo a los que tienen la responsabilidad transitoria de orientar y guiar los destinos de nuestras universidades.

EDISON ARIAS A.

Opus Cero, poemas de CARLOS CORTÍNEZ. Ediciones Trilce. Edit. Universitaria, Stgo. de Chile. 1966.

No es modestia la del título. La clave para entenderlo está en ese epígrafe de Rimbaud, el "l'Omega, suprême Clairon plein de strideurs étranges", extraído de la simbólica cantera de "Voyelles". Así se entiende al principio de este libro de poemas y así se lo entiende al final. Sobre la letra omega, sobre su silencio hendido por mundos y ángeles, también el cero. No el cero de la nada, sino aquel que está antes de la serie, antes de que una piedra venga sobre otra a construir el desafío que significa "ser", ser humanamente, a pesar de —o con— la circunstancia. Y es este cero, pleno de estridencias, el que se pretende precisar, indagar dolorosamente, amarlo con la sincera y lacerante herramienta del hacer poético. Porque *Opus Cero*